

JUAN DAL MASO



LA ILUSIÓN GRADUALISTA

A propósito del nacionalismo, la retórica “socialista” y el marxismo en América Latina

En el campo de la teoría y las ciencias sociales, el fenómeno del chavismo y el resurgir de “nacionalismos” de diversa intensidad, han alimentado la vuelta de ciertos debates en torno a temas como el nacionalismo, el anti-imperialismo, la relación entre la emancipación nacional y la lucha de clases, la unidad latinoamericana, entre otros. Investigadores y académicos han encarado el estudio de las experiencias de las organizaciones que durante distintos períodos de la historia latinoamericana hablaron en nombre del anti-imperialismo¹.

El contexto de esta vuelta de debates hacía tiempo desplazados, es el de una extendida ilusión, a nivel de las masas, de que con gobiernos como el de Chávez, el Estado puede introducir desde arriba cambios sustanciales en las condiciones de vida de los trabajadores y el pueblo. Una “ilusión política” que privilegia al Estado por sobre el “movimiento social”². Pero esta “ilusión política” viene acompañada de una “ilusión gradualista”. En las masas, es la ilusión de mejoras sustanciales obtenidas a ritmos lentos pero seguros. En ciertos grupos que se reclaman marxistas (IS, MST, también el PCR, aunque desde un ángulo maoísta de apoyo a la burguesía nacional),

1. Ver, por ejemplo, el *Dossier* “El anti-imperialismo, ese objeto múltiple. En torno a las derivas del anti-imperialismo latinoamericano de los años ‘20”, en *Políticas de la Memoria* N° 6/7, Bs. As., verano 2006/2007.

2. D. Bensaïd, “The return of strategy”, en *International Socialism* N° 113, 2007, publicación teórica del SWP de Gran Bretaña.

consiste en la idea de que el avance revolucionario de la clase obrera se desarrollará a favor y no contra la corriente del chavismo. En este artículo intentaremos intervenir en el debate sobre los problemas del anti-imperialismo en América Latina, desde el punto de vista de la Teoría de la Revolución Permanente de Trotsky.

En este marco, este artículo abarca tres registros relacionados. El primero es el de cuál es el carácter y las tareas de la revolución en los países coloniales y semicoloniales, recorriendo sumariamente el camino que va desde las formulaciones tempranas de la III^o Internacional hasta la Teoría de la Revolución Permanente, contra las visiones que promueven bloques de conciliación de clases para resolver en común las tareas “nacionales”. El segundo aspecto a considerar son las peleas fundacionales que dieron los marxistas latinoamericanos contra las corrientes nacional-populistas de los ‘20, de las cuales algunos “marxistas” actuales han aprendido poco y nada. Por último, tomaremos los análisis y la política de Trotsky frente al gobierno de Cárdenas en México, para demostrar lo lejos que la posición marxista frente al nacionalismo con discurso “socializante” de la política seguida por los grupos antes mencionados (descrita detalladamente en el primer artículo de este *Dossier*) y por otros que ceden al reformismo, desde la perspectiva del “Frente Único Anti-imperialista”.

LA LUCHA ANTI-IMPERIALISTA, LA TRADICIÓN MARXISTA Y LA TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

Ha sido un lugar común de todas las corrientes nacionalistas y populistas latinoamericanas, la reivindicación de una alianza entre la clase obrera y las burguesías “nacionales” en función de las tareas de emancipación del imperialismo y la resolución de la cuestión agraria, es decir de darle la tierra a los campesinos. En los años ‘20 esta posición se planteaba, como en el caso del aprismo, como una alianza derivada de la imposibilidad de que la clase obrera, dado el escaso desarrollo industrial autóctono, pudiera elevarse a clase dirigente y dominante. Desde fines de los ‘30 y durante las décadas de ‘40 y ‘50, a este fundamento, menos sostenible por los cambios sufridos en una porción importante de los países semicoloniales a partir de los escenarios generados por la crisis del ‘29, los años previos a la Segunda Guerra y durante el desarrollo de la misma (sustitución de importaciones, nacionalizaciones de distintos alcances en diferentes ramas de la industria y los servicios, mayores márgenes económicos y políticos para las burguesías locales y fortalecimiento estructural de la clase obrera), fue suplantado paulatinamente por la idea de que la burguesía “nacional” dirigía los asuntos públicos en interés de

la clase obrera y las mayorías populares. De esta forma, las corrientes nacional-populistas contraponían la lucha contra el imperialismo, que sólo estaban dispuestas a dar de forma parcial y restringida, a la lucha por la revolución obrera.

A su vez, desde el ángulo de la estrategia y la teoría marxista, el problema de la lucha contra el imperialismo y su relación con la revolución socialista, pasó por diversos estadios de elaboración, ligados estrechamente al desarrollo de los procesos revolucionarios en el mundo colonial y semicolonial.

LA III^o INTERNACIONAL Y LA “CUESTIÓN DE ORIENTE”

La III^o Internacional se distinguió desde sus orígenes por una posición tajante y contundente en apoyo de las luchas de liberación de los pueblos coloniales, opuesta por el vértice al esquematismo eurocéntrico y pro-imperialista de la socialdemocracia en su declinación. Lenin se apoyó, para esta política de principios, en los artículos de Marx sobre Irlanda escritos en la década del '70 del siglo XIX, y generalizó sus conclusiones para todos los pueblos coloniales y nacionalidades oprimidas, incluyendo en primer lugar las que formaban parte del antiguo imperio zarista.

Ahora bien, esta posición de principios, fundamental para orientarse en cuanto al apoyo incondicional que debía dar el poder de los Soviets y la clase obrera de Occidente a los pueblos oprimidos, tenía un límite teórico e histórico. Porque si bien Lenin había virado con las “Tesis de Abril” a un punto de vista en el cual las tareas de la revolución burguesa sólo podían ser resueltas por la revolución proletaria y el gobierno de la clase obrera en alianza con los campesinos, dejando atrás su vieja consigna de “dictadura democrática de obreros y campesinos”³, la experiencia revolucionaria de Oriente no daba elementos suficientes para generalizar esas conclusiones del proceso ruso al conjunto de los países coloniales y semicoloniales, dada la relativa falta de madurez de la clase obrera para tomar la dirección de los movimientos de emancipación y la debilidad de los jóvenes partidos comunistas de esos países. En este sentido, la hipótesis global de Lenin y la III^o Internacional combinaba el alzamiento del proletariado de Occidente y de los movimientos de emancipación nacional en las colonias, pero ponía de relieve la necesidad de un mayor desarrollo de la clase obrera y de los partidos comunistas autóctonos, para que éstos pudieran plantearse la cuestión de la toma del poder por el proletariado. Ese desarrollo debía conquistarse, no sólo por el mero crecimiento cuantitativo de la clase obrera, sino a partir de intervenir

3. Esta consigna expresaba la necesidad de la alianza de la clase obrera y el campesinado contra el zarismo y la burguesía liberal, pero no explicitaba qué clase sería la que ejercería su hegemonía dentro del bloque revolucionario.

sistemática y consecuentemente en la lucha por la emancipación del imperialismo y por la resolución de la cuestión agraria.

ALCANCES Y LIMITACIONES DE LAS “TESIS DE ORIENTE”

Consecuentemente con el punto de vista que señalamos arriba, Las “Tesis Generales sobre la cuestión de Oriente” (1922) del Cuarto Congreso de la III^o Internacional, más conocidas como “Tesis de Oriente”, fueron escritas de cara al crecimiento de los movimientos de lucha anticolonial y definían como las tareas centrales de la revolución en las colonias la resolución de la cuestión agraria y la de la independencia nacional. A su vez, el apoyo a la liberación de las colonias era una forma de rodear a la Rusia Soviética de nuevos aliados en el terreno internacional y en perspectiva, extender su influencia sobre aquellos países.

Si bien las tesis planteaban la incapacidad de las burguesías nativas de llevar esa lucha hasta el final, no desarrollaban completamente las conclusiones que se desprenden de esa premisa, en el sentido de que no postulaban claramente a la clase obrera como clase dirigente de esas tareas y no señalaban la mecánica que podía establecerse, partiendo de este hecho, entre las tareas nacionales y la revolución proletaria.

Por eso, las “Tesis de Oriente”, postulaban “el frente único anti-imperialista”, como bloque de todas las clases opuestas al imperialismo, incluyendo acuerdos coyunturales con las corrientes burguesas, resguardando la independencia política de los comunistas dentro de ese frente único, pero dando por hecho la debilidad de la clase obrera para constituirse en caudillo de las tareas nacionales y por ende, cuestionar a su vez la propiedad privada, entrelazando las tareas burguesas con tareas propias de la lucha de la clase obrera contra la burguesía “nacional”.

La concepción trazada por las “Tesis” en cuanto a la revolución en Oriente tenía un carácter semietapista, derivado en su mayor parte de la imposibilidad de generalizar la experiencia rusa a países en los cuales la clase obrera tenía un desarrollo menor que en Rusia y los comunistas no tenían peso entre las masas. No obstante estas limitaciones, el IV^o Congreso se había propuesto ubicar el problema de la revolución en Oriente como parte de la lucha de la clase obrera a nivel mundial. Como planteaba Trotsky en su informe al IV^o Congreso:

“En las colonias observamos un creciente movimiento nacional revolucionario. Los comunistas representan allí sólo un pequeño núcleo incrustado en el campesinado. De este modo en las colonias tenemos en primer lugar movimientos nacionales pequeño burgueses o burgueses. Si a uno le preguntaran sobre las perspectivas del desarrollo socialista o comunista en las colonias entonces diría que esta pregunta no puede plantearse de manera aislada. Por supuesto, después de la victoria del proletariado en Europa, esas colonias se transformarán en la arena para

la influencia cultural, económica y de cualquier otro tipo ejercida por Europa, pero para esto primero deben jugar su rol revolucionario paralelamente al rol del proletariado europeo. En esta conexión el proletariado europeo y en particular el de Francia y especialmente el de Inglaterra están haciendo muy poco. El crecimiento de la influencia de las ideas del socialismo y el comunismo, la emancipación de las masas trabajadoras de las colonias, el debilitamiento de la influencia de los partidos nacionalistas no puede ser garantizado sólo por el rol de los núcleos comunistas nativos sino por la lucha del proletariado de los centros metropolitanos para la emancipación de las colonias. Sólo por este medio el proletariado de los centros metropolitanos demostrará a las colonias que hay dos naciones europeas, una de los opresores, la otra de los amigos; sólo así le dará un mayor impulso a las colonias que derribarán la estructura del imperialismo y así desempeñarán un servicio revolucionario a la causa del proletariado”⁴.

Veamos qué se mantuvo y qué se perdió de este punto de vista consecuentemente internacionalista.

CENTRISMO BUROCRÁTICO Y DEGRADACIÓN TEÓRICA

El proceso de burocratización de la URSS, impactó de lleno en la III^o Internacional, virando en el transcurso de un lustro de una posición internacionalista revolucionaria a la diplomacia pacifista en función del “socialismo en un solo país”. Esto provocó a su vez un efecto complejo en su política hacia los pueblos coloniales y semicoloniales, que intentaremos explicar en estas líneas. En este sentido, el ‘24 es una suerte de “año bisagra”, ya que en ese año empieza el proceso del Thermidor soviético en la URSS y el desbande centrista burocrático (una dirección burocrática que giraba a derecha o izquierda según de dónde recibiera el golpe) de la III^o Internacional. Bajo dirección de Zinoviev (en ese momento en alianza con Stalin y Kamenev contra Trotsky), el V^o Congreso de la Internacional Comunista desconoce la derrota de la revolución alemana del ‘23 y adopta la tesis de “la radicalización de los campesinos”, tesis que se complementa con políticas oportunistas hacia los partidos burgueses con base campesina, que pasan a ser definidos como “partidos obreros y campesinos”, entre ellos el Kuomintang de Chang Kai Shek, quien en 1926 será nombrado presidente honorario de la Internacional Comunista, cortesía correspondida por el honorable general con la persecución y el asesinato de los comunistas chinos, hechos dramáticamente narrados por André Malraux en su gran novela *La Condición Humana*.

Justamente en la Segunda Revolución China fue donde Stalin y Bujarin terminaron de postular una metafísica de la revolución colonial con dos

4. L. Trotsky, “Informe al IV^o Congreso de la Internacional Comunista” en www.marxists.org/archive/trotsky/1922/12/comintern.htm.

características centrales: en su contenido fundamental la operación “teórica” consistía en abstraer a China de sus relaciones con la economía mundial y luego deducir del carácter “atrasado” del país el supuesto rol revolucionario de la burguesía para dirigir una “revolución nacional”. Por eso la política impuesta al PC chino fue la de la subordinación política y organizativa al Kuomintang. Pero esta política, que seguía como la sombra al cuerpo la vieja política menchevique de apoyo a la burguesía por respeto a las etapas “obligadas” del desarrollo histórico, necesitaba maquillarse con autoridad “bolchevique”. Por eso Stalin y Bujarin combinaban la “teoría” de la “revolución nacional” con la vieja fórmula de Lenin de la “dictadura democrática de los obreros y campesinos” que, como ya explicamos, Lenin había considerado caduca cuando luchó contra su propio partido para que éste adoptara las “Tesis de Abril”. Resumiendo, una política menchevique de derecha con un débil barniz de “viejo bolchevismo”. Pero, mientras para Lenin la “dictadura democrática de obreros y campesinos” era una fórmula con carácter algebraico, para Stalin y Bujarin era la clave de una aritmética contra la perspectiva de la revolución proletaria. Rakovski escribió una vez que el militante bolchevique de 1917 difícilmente se hubiera reconocido en el de 1928. Lo mismo se aplica a la política colonial de la III^o Internacional. El apoyo a los movimientos de liberación se había transformado en la subordinación a la burguesía nacional, la independencia del partido comunista en sujeción al nacionalismo burgués, la reivindicación del carácter de clase del partido en la teoría policlasista de partidos “bipartitos” “obreros y campesinos”; la vieja consigna de Lenin de la “dictadura democrática de los obreros y campesinos” de una fórmula algebraica para prever acontecimientos futuros, en un dogma vacío contra la perspectiva de la revolución obrera. Un proceso de degradación teórica había tenido lugar. Venía de la mano con el proceso de reacción social y burocratización, que había llegado para quedarse.

LA SEGUNDA REVOLUCIÓN CHINA Y LA TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

La lucha de estrategias en torno a la Segunda Revolución China despejó los aspectos todavía indefinidos o provisorios de las viejas “Tesis de Oriente”. El enfrentamiento entre una política de apoyo al nacionalismo burgués chino (cuya expresión política era el Kuomintang, partido burgués de base campesina), sostenida por Stalin y Bujarin, y otra política de constitución de soviets, de independencia política del Partido Comunista y de la clase obrera (Trotsky), se planteó de forma tal que no quedaba margen para salidas “intermedias” entre ambas política irreconciliables. En este punto, Trotsky sostuvo una lucha de estrategias no sólo con los que defendían una posición de revolución por etapas, escudada en una utilización metafísica de la vieja consigna bolchevique de “dictadura democrática de obreros y

campesinos”, sino también con aquellos que eran aliados suyos respecto a la lucha al interior de la URSS pero concebían la revolución china desde un punto de vista etapista, derivando del carácter atrasado del país el contenido “democrático-burgués” de la revolución, y por ende la imposibilidad de la revolución proletaria. En sus cartas a Preobrazhensky, Trotsky explicaba:

“¿Cómo caracterizar una revolución? ¿Por la clase que la dirige o por su contenido social? Hay una trampa teórica subyacente al contraponer la primera a la última en forma tan general [...] *El quid de la cuestión yace precisamente en el hecho de que aunque la mecánica política de la revolución depende en última instancia de una base económica (no sólo nacional sino internacional), no puede, sin embargo, deducirse con una lógica abstracta de esta base económica.* En primer lugar, la base misma es muy contradictoria y su ‘madurez’ no permite la determinación estadística por sí sola; en segundo lugar, la base económica y la situación política deben enfocarse no en el marco nacional sino en el internacional, teniendo en cuenta la acción y reacción dialécticas entre lo nacional y lo internacional; tercero, *la lucha de clases y su expresión política, desarrollándose sobre bases económicas, también tiene su lógica imperiosa del desarrollo, que no puede saltarse.* Cuando Lenin dijo en abril de 1917 que sólo la dictadura del proletariado podía salvar a Rusia de la desintegración y la destrucción, Sujanov (su opositor más coherente) lo refutó con dos argumentos fundamentales: 1) el contenido social de la revolución burguesa aún no se había logrado; 2) Rusia no había madurado económicamente para la revolución socialista. ¿Y cuál fue la respuesta de Lenin? Si Rusia ha madurado o no es algo que ‘debemos esperar y ver’; esto no se determina estadísticamente, sino por el curso de los acontecimientos y, además, sólo a escala internacional. Pero, dijo Lenin, independientemente de cómo se determinará este contenido social al fin, en el momento actual, hoy, no hay otro camino para la salvación del país –de la hambruna, de la guerra y de la esclavitud– si no es por la toma del poder por el proletariado”⁵.

Trotsky se apoyaba en la experiencia de la insurrección de Cantón de diciembre de 1927, porque más allá de que había sido concebida como una acción ultraizquierdista desesperada, para “compensar” la anterior orientación de subordinación al Kuomintang, la política seguida por los obreros era una refutación de los puntos de vistas etapistas sobre la revolución china: “Los obreros tenían el poder en Cantón a través de sus soviets. De hecho estaba en manos del partido comunista, el partido del proletariado. El programa incluía no sólo la confiscación de cualquier propiedad feudal que aún existiera en China; no sólo el control obrero de la producción, sino también la nacionalización de la gran industria, la banca y el transporte, así como la confiscación de las viviendas burguesas y todas sus propiedades para uso de los trabajadores. Surge la duda. Si

5. L. Trotsky, “Tercera Carta de Trotsky a Preobrazhensky” en *Teoría de la Revolución Permanente* (compilación), Bs. As., CEIP, 2005, p. 392. Los subrayados son nuestros.

tales son los métodos de una revolución burguesa, ¿qué aspecto tendría la revolución socialista en China?”⁶.

Luego de la derrota de la revolución china, Trotsky elaboró la Teoría de la Revolución Permanente, que generalizaba las experiencias de Rusia y China al conjunto de los países coloniales y semicoloniales, en la cual postulaba que solamente la clase obrera puede realizar, como caudillo de la nación oprimida, la resolución íntegra y efectiva del problema nacional y el problema agrario, para lo cual es necesario su dominación política, que a su vez sólo puede sostenerse afectando la propiedad privada capitalista, por lo cual la revolución burguesa se transforma en socialista y con ello en permanente. De esta forma, Trotsky, a la vez que refutaba los fundamentos de la política de apoyo a la burguesía “nacional”, seguida por Stalin y Bujarin en China, dotaba a la tradición marxista clásica de una teoría de la revolución a escala mundial, en la cual quedaban superados los puntos de vista semi-etapistas de las elaboraciones tempranas de la III^o Internacional respecto a la revolución en el mundo colonial y semi-colonial.

MELLA Y MARIÁTEGUI CONTRA EL APRISMO

La III^o Internacional “descubrió” América Latina en su VI^o Congreso de 1928, mientras se consolidaba la teoría reaccionaria del *socialismo en un solo país* como doctrina de la Internacional y la consigna metafísica de “dictadura democrática de obreros y campesinos” para los países coloniales y semicoloniales.

En el pensamiento de Stalin y Bujarin, los países atrasados no estaban “maduros” para el socialismo y debían pasar por un necesario e inevitable período de desarrollo burgués. La revolución latinoamericana era burguesa y por lo tanto no estaba planteada la lucha por la dictadura del proletariado. Pero después de la “traición” del Kuomintang en China, la burguesía colonial y semi-colonial era caracterizada como contrarrevolucionaria por quienes apenas unos meses atrás la caracterizaban como revolucionaria. La burguesía no era la clase llamada a dirigir la revolución democrático-burguesa. Pero como en esta revolución burguesa sin burguesía estaba prohibido cometer el pecado trotskista de “saltar las etapas”, no quedaba otra retirada ordenada para este embrollo teórico que la fantasmagórica “dictadura democrática de obreros y campesinos”, ni burguesa ni proletaria, ni capitalista ni socialista, que consumara la revolución democrático-burguesa latinoamericana como un mero *apoyo* o *sopORTE* de la revolución socialista mundial.

Imagínese el/la lector/a, los aprietos en que se habrán visto los militantes comunistas que tuvieron que explicar sus puntos de vista a un obrero o un campesino...

6. L. Trotsky, “Primera Carta de Trotsky a Preobrazhensky”, en *Teoría...*, op. cit., p. 379.

Mella y Mariátegui expresaron posiciones distintas para América Latina de la estrategia esbozada por la III^o Internacional en su momento de declinación. Incluso, en la mecánica que señalan, presentan muchos aspectos de afinidad con la Teoría de la Revolución Permanente. Pero la Teoría de la Revolución Permanente no sólo abarca la cuestión del transcrescimiento de la revolución burguesa en socialista en el terreno nacional sino que parte del carácter internacional de la revolución contra la “teoría” del socialismo en un solo país. En este sentido, tanto Mella como Mariátegui sostenían posturas a la izquierda de la III^o Internacional entre 1926-28, pero sin plantearse una lucha contra el creciente proceso de burocratización y sin elaborar una teoría de conjunto.

Por eso Mella polemizaba con el APRA en términos cercanos en ciertos aspectos a la Teoría de la Revolución Permanente, pero luego constituyó la ANERC (Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos) que postulaba la “revolución democrática” contra Machado, a la vez que se negaba a firmar condenas contra los “trotskistas” en la Internacional Sindical Roja. Estas ambigüedades son las que permiten que Mella sea reivindicado a la vez por el Instituto de Filosofía de La Habana como un precursor del frentepopulismo y por historiadores trotskistas como Gary Tennant, que sostiene que Mella fue el inspirador de la Oposición Comunista de Cuba, por sus nexos con Zandalio Junco⁷.

Mariátegui, por su parte, tomó postura por Stalin contra Trotsky, aunque siempre mantuvo simpatía y admiración por el mismo, hasta que murió en 1929 y no se sumó a las campañas anti-trotskistas del stalinismo. Estas posiciones ni stalinistas ni trotskistas son pasibles de múltiples usos, en especial para aquellos que postulan un “marxismo latinoamericano” equidistante del stalinismo y del trotskismo, pero con impronta populista. A pesar de estas vacilaciones, que con Trotsky cabe calificar como *centristas*, es decir a mitad de camino entre posiciones revolucionarias y reformistas, Mella y Mariátegui realizaron una importante labor de delimitación, de la cual nos ocuparemos ahora.

El APRA había surgido en 1925 como una propuesta de frente único del ala izquierda de los estudiantes e intelectuales de la Reforma Universitaria y del movimiento obrero. En 1927, su principal dirigente, Haya de la Torre, se define contra el comunismo y postula al APRA como el “Kuomintang latinoamericano”, es decir como un partido nacionalista con una estrategia de conciliación de clases, a partir de lo cual la “vanguardia” que había surgido del movimiento obrero de 1919 y de la Reforma Universitaria, y que había encontrado su expresión cultural en la revista *Amauta*, se divide claramente en un ala nacionalista pequeño burguesa (Haya de la Torre) y otra socialista que defiende el marxismo y la perspectiva de la revolución proletaria (Mariátegui).

7. G. Tennant, *The Hidden Pearl of de Caribbean: Trotskyism in Cuba*, London, Porcupine Press, 2000.

No obstante, el aprismo, en la misma medida que combatía a los marxistas, se presentaba como el verdadero marxismo para la realidad latinoamericana: “El aprismo niega la posibilidad de la dictadura del proletariado que no puede ser efectiva en países de desarrollo industrialmente incipiente y en donde la clase obrera es rudimentaria y no ha llegado a la madurez para abolir de un solo golpe la explotación del hombre por el hombre, imponer la justicia social, el socialismo en una palabra. Y, en segunda instancia, aprovecha las lecciones del marxismo cuando enfoca la realidad latinoamericana desde el ángulo de la interpretación económica y propone la planificación de la economía y la formación de un estado, nuevo en su estructura, que controlen e integren a las masas productoras, quitándole su dominio a la casta feudal-latifundista [...] No hay, consecuentemente, oposición entre la doctrina aprista y la de Marx”⁸. *Esta es una clásica operación ideológica del nacionalismo “de izquierda”, postular la validez de la teoría “económica” de Marx y la invalidez de su teoría “política”, planteando así la posibilidad de que un gobierno nacionalista (burgués) lleve adelante una política económica “marxista”. Eso sí, sin expropiar a la burguesía ni al imperialismo.*

PROLETARIADO Y LIBERACIÓN NACIONAL

En “Glosando los pensamientos de Martí”, Mella establece un diálogo a partir de las ideas del prócer cubano, con el objetivo de demostrar que la evolución histórica del capitalismo en su fase imperialista impide separar la lucha por la independencia nacional de la lucha por la emancipación de la clase obrera (que desde la revolución rusa encabezaba la lucha contra el imperialismo a nivel internacional). Para Mella, continuar la obra de José Martí era defender la perspectiva del marxismo. Mella buscaba rescatar la lucidez de José Martí, que había previsto el rol del imperialismo yanqui⁹, había resaltado la importancia de los “cubanos obreros” en la lucha por la independencia y había reivindicado la figura de Marx cuando éste murió¹⁰.

8. C. M. Cox, “Aprismo y marxismo en la obra de Mariátegui”, en José Aricó, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México DF, Pasado y Presente, 1980, p. 22.

9. “tengo ánimos [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”, “Carta a Manuel Mercado”, 18 de mayo de 1895, en www.filosofia.cu.

10. “Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor [...] La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista enternece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos [...] no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. El veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha”, “Karl Marx”, 13 y 16 de mayo de 1883, en www.filosofia.cu.

Lejos estaba del lugar común de la ideología castrista, que utiliza la figura de Martí como forma de justificación del socialismo nacional.

Pero es en su folleto polémico “¿Qué es el ARPA?” donde Mella desarrolla, basándose en las tesis del IIº Congreso de la Internacional Comunista, la relación entre lucha anti-imperialista y revolución obrera: “En la lucha contra el imperialismo –el ladrón extranjero– las burguesías –los ladrones nacionales– se unen al proletariado, buena carne de cañón. Pero acaban por comprender que es mejor hacer alianza con el imperialismo, que al fin y al cabo persiguen un interés semejante. De progresistas se convierten en reaccionarios. Las concesiones que hacían al proletariado para tenerlo a su lado, las traicionan cuando éste, en su avance, se convierte en un peligro tanto para el ladrón extranjero como para el nacional. De aquí la gritería contra el comunismo. [...] Para hablar concretamente: *liberación nacional absoluta, sólo la obtendrá el proletariado, y será por medio de la revolución obrera*”¹¹.

En este sentido, Mella criticaba el programa de nacionalización de la tierra y de la industria que levantaba el APRA: “*Nacionalizar puede ser sinónimo de socializar, pero a condición de que sea el proletariado el que ocupe el poder por medio de una revolución.* Cuando se dicen ambas cosas: nacionalización y en manos del proletariado triunfante, del nuevo Estado Proletario, se está hablando marxistamente [sic]. Pero cuando se dice a secas nacionalización, se está hablando con el lenguaje de todos los reformistas y embaucadores de la clase obrera. Toda la pequeñoburguesía está de acuerdo con la nacionalización de las industrias que les hacen competencia y hasta los laboristas ingleses y los conservadores, sus aliados, discuten sobre la ‘nacionalización de las minas’. En Alemania, en Francia y en los Estados Unidos hay industrias nacionalizadas. Sin embargo, no se puede afirmar que Coolidge o Hindenburg sean marxistas”¹².

Aquí Mella plantea una cuestión de principio a propósito de la diferencia entre nacionalización y socialización. Pero al tomar los ejemplos de industrias estatales en países imperialistas, pasa por alto que *en un país semicolonial una nacionalización, aunque sea burguesa puede tener un contenido progresivo, al afectar los intereses imperialistas.* Veremos este tema más adelante.

ANTI-IMPERIALISMO Y SOCIALISMO

Mariátegui polemiza en un sentido similar contra el aprismo. Pero encara el debate desde la relación de anti-imperialismo y socialismo. No le interesa

11. J. A. Mella, “¿Qué es el ARPA?” en *La lucha revolucionaria contra el imperialismo*, La Habana, Ed. Popular de Cuba y el Caribe, 1960, pp. 23/24.

12. *Ibíd.*, pp. 12/13. El subrayado es nuestro.

tanto denunciar como falso el anti-imperialismo del APRA, como hace Mella, sino demostrar que el anti-imperialismo como tal no es un programa:

“La divergencia fundamental entre los elementos que en el Perú aceptaron en principio el APRA –como un plan de frente único, nunca como partido y ni siquiera como organización en marcha efectiva– y los que fuera del Perú la definieron luego como un Kuomintang latinoamericano, consiste en que los primeros permanecen fieles a la concepción económico-social revolucionaria del anti-imperialismo, mientras que los segundos explican así su posición: ‘somos de izquierda (o socialistas) porque somos anti-imperialistas’. El anti-imperialismo resulta así elevado a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, a la revolución social [...] El anti-imperialismo, para nosotros, no constituye ni puede constituir, por sí solo, un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El anti-imperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y pequeña burguesía nacionalistas (ya hemos negado terminantemente esta posibilidad) no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses [...] Ni la burguesía, ni la pequeñoburguesía en el poder pueden hacer una política anti-imperialista”¹³.

Esto quiere decir que hay que dar a la lucha contra el imperialismo una dirección y un contenido proletario: “Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación anti-imperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, *nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera*”¹⁴. Esta posición fue defendida por los delegados peruanos en la Conferencia Comunista Latinoamericana, realizada en Buenos Aires en 1929. Para la sensibilidad actual de muchos “marxistas” que consideran el ALBA como la quintaesencia del “anti-imperialismo” y que consideran ese “anti-imperialismo” como objetivamente “anti-capitalista” pueden parecer “sectarias” las definiciones de Mariátegui¹⁵, pero la experiencia de los movimientos “anti-imperialistas” habla por sí misma a favor del marxista peruano. No obstante, hay en Mariátegui un error de pronóstico: el surgimiento de los nacionalismos burgueses con base de masas en las décadas posteriores, dejaría fuera de contexto, no tanto la relación trazada por Mariátegui entre anti-imperialismo y socialismo, sino sobre todo, las condiciones para su realización.

13. J. C. Mariátegui, “Punto de vista anti-imperialista”, en *Ideología y Política*, Lima, Amauta, 1985, pp. 89/90.

14. *Ibidem*, p. 91.

15. Remito a los/as lectores/as a mi artículo “La Odisea de Mariátegui”, publicado en *Lucha de Clases* N° 2/3 donde está analizada en detalle la relación que traza Mariátegui entre revolución democrático-burguesa y revolución proletaria en el Perú.

TROTSKY FRENTE A CÁRDENAS

Antes que nada, queremos señalar la importancia de un detalle no menor. Cuando Mella y Mariátegui polemizaron contra el APRA, esta corriente estaba todavía muy lejos del poder del Estado¹⁶. La polémica tenía esencialmente un carácter de delimitación. Por el contrario, el cardenismo marca el acceso del nacionalismo “de izquierda” al poder estatal. Esta diferencia es fundamental porque es más sencillo demostrar el utopismo del programa nacionalista, cuando éste se encarna en un grupo de estudiantes, pero es necesario hilar mucho más fino cuando el nacionalismo “de izquierda” está en el poder y presenta como “utópicos” los objetivos de los marxistas.

En este sentido, Trotsky no sólo tuvo que llevar adelante una polémica ideológica, tanto con el nacionalismo como con el stalinismo, que en ese entonces subordinaba la lucha anti-colonial a su alianza con las potencias imperialistas “democráticas”, sino sobre todo dar cuenta de un fenómeno nuevo. No queremos repetir aquí cuestiones que han sido analizadas en otros textos de nuestra corriente¹⁷. Volveremos sobre los artículos de Trotsky, para resaltar cuál debía ser, en su perspectiva, la ubicación política de los marxistas revolucionarios frente al cardenismo y resaltaremos en especial el combate de Trotsky contra las ilusiones “socializantes” de ciertos segmentos del discurso cardenista, ya que de estos textos se desprenden valiosas indicaciones para definir, por ejemplo, la ubicación de los marxistas frente al fenómeno del chavismo.

LA CLASE OBRERA Y LAS EXPROPIACIONES

“La expropiación del petróleo no es ni socialista ni comunista. Es una medida de defensa nacional altamente progresista. Por supuesto, Marx no consideró que Abraham Lincoln fuese un comunista; esto, sin embargo, no le impidió a Marx tener la más profunda simpatía por la lucha que Lincoln dirigió. La Primera Internacional le envió al presidente de la Guerra Civil un mensaje de felicitación, y Lincoln, en su respuesta, agradeció inmensamente este apoyo moral.

El proletariado internacional no tiene ninguna razón para identificar su programa con el programa del gobierno mexicano. Los revolucionarios no tienen ninguna necesidad de cambiar de color y de rendir pleitesía a la manera de la

16. Además, es importante señalar que a partir del VIIº Congreso de la KOMINTERN, el stalinismo adoptaría la estrategia de los “frentes populares” de conciliación de clases con la burguesía antifascista, interrumpida parcialmente durante el pacto “Molotov-Ribbentrop” entre la URSS y la Alemania nazi. En este sentido se daban las oscilaciones que señalaba Trotsky respecto al PCM, que pasaba del anticardenismo furioso a la colaboración con Cárdenas y viceversa.

17. Ver el prólogo de Christian Castillo a la primera edición de *Escritos Latinoamericanos* (Bs. As., CEIP, 1999) y el trabajo de Alicia Rojo “El trotskismo argentino y los orígenes del peronismo”, en *Cuadernos del CEIP* Nº 3 (agosto 2002), entre otros.

escuela de artesanos de la GPU, quienes, en un momento de peligro, venden y traicionan al más débil. *Sin renunciar a su propia identidad, todas las organizaciones honestas de la clase obrera en el mundo entero, y principalmente en Gran Bretaña, tienen el deber de asumir una posición irreconciliable contra los ladrones imperialistas, su diplomacia, su prensa y sus áulicos fascistas.* La causa de México, como la causa de España, como la causa de China, es la causa de la clase obrera internacional. La lucha por el petróleo mexicano es sólo una de las escaramuzas de vanguardia de las futuras batallas entre los opresores y los oprimidos”¹⁸.

No tenemos ningún interés en presentar estos textos de Trotsky bajo una óptica “sectaria”. Los textos han sido escritos para defender y no para criticar las medidas de Cárdenas. Pero nos interesa destacar, a la luz (u oscuridad) de ciertos debates actuales, cómo a Trotsky le gustaba llamar las cosas por su nombre. Porque los nombres, en política, están para aclarar y no para confundir. Trotsky apoya y llama a la clase obrera a apoyar las expropiaciones, pero dice con toda claridad que no son medidas “socialistas” ni “comunistas”. Es decir, Trotsky se niega a mezclar el apoyo a una medida “de defensa nacional altamente progresista” con el embellecimiento “socialista” del gobierno que la lleva adelante, e insta a la clase obrera a apoyar las expropiaciones sin por ello mezclar sus banderas con las de Cárdenas.

Justamente, veremos que Trotsky negaba terminantemente la posibilidad de llegar al socialismo por la vía de las nacionalizaciones realizadas por el estado burgués y no por una revolución proletaria.

BONAPARTISMO *SUI GENERIS*, BURGUESÍA Y SOCIALISMO

Trotsky explicaba la ubicación “de izquierda” del gobierno de Cárdenas en una tendencia histórica propia de la situación latinoamericana:

“En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional en relación al proletariado nacional. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista *sui generis*, de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros. La actual política [del gobierno mexicano, NdT] se ubica en la segunda alternativa; sus mayores conquistas son la expropiación de los ferrocarriles y de las compañías petroleras”.

18. L. Trotsky, “México y el imperialismo británico”, *Escritos Latinoamericanos*, Bs. As., CEIP, 2000, p. 80. El subrayado es nuestro, en esta y en todas las citas siguientes.

Pero además, el gobierno de Cárdenas había dado lugar a una experiencia inédita de “administraciones obreras” en las industrias nacionalizadas como los ferrocarriles. Veamos con mucha atención las consideraciones de Trotsky:

“Estas medidas se encuadran enteramente en los marcos del capitalismo de Estado. Sin embargo, en un país semicolonial, el capitalismo de Estado se halla bajo la gran presión del capital privado extranjero y de sus gobiernos, y no puede mantenerse sin el apoyo activo de los trabajadores. Eso es lo que explica por qué, sin dejar que el poder real escape de sus manos, (el gobierno mexicano) trata de darles a las organizaciones obreras una considerable parte de responsabilidad en la marcha de la producción de las ramas nacionalizadas de la industria.

¿Cuál debería ser la política del partido obrero en estas circunstancias? *Sería un error desastroso, un completo engaño, afirmar que el camino al socialismo no pasa por la revolución proletaria, sino por la nacionalización que haga el Estado burgués en algunas ramas de la industria y su transferencia a las organizaciones obreras.* Pero esta no es la cuestión. El gobierno burgués llevó a cabo por sí mismo la nacionalización y se ha visto obligado a pedir la participación de los trabajadores en la administración de la industria nacionalizada. Por supuesto, se puede evadir la cuestión aduciendo que, a menos que el proletariado tome el poder, la participación de los sindicatos en el manejo de las empresas del capitalismo de Estado no puede dar resultados socialistas. Sin embargo, una política tan negativa de parte del ala revolucionaria no sería comprendida por las masas y reforzaría las posiciones oportunistas. *Para los marxistas no se trata de construir el socialismo con las manos de la burguesía, sino de utilizar las situaciones que se presentan dentro del capitalismo de Estado y hacer avanzar el movimiento revolucionario de los trabajadores*¹⁹.

Vemos nuevamente la misma lógica que señalábamos a propósito de las expropiaciones. Trotsky promueve *intervenir sin ningún sectarismo* en la administración de las empresas nacionalizadas, a condición de luchar por la independencia de los sindicatos y utilizar el boicot de los bancos y empresas capitalistas contra la administración obrera para demostrar la necesidad de una banca estatal única. Pero si bien la imposibilidad de llegar al socialismo por la vía de las nacionalizaciones no podía ser una excusa para el sectarismo, sería “desastroso para los marxistas” trazar la perspectiva de “construir el socialismo con las manos de la burguesía”. Y Trotsky planteaba esto porque no se podía descartar que un cambio en la correlación de fuerzas a favor del imperialismo, pudiera generar un “giro a la derecha” del cardenismo, que, con todos sus “méritos”, no dejaba de ser un gobierno de la clase burguesa²⁰.

19. L. Trotsky, “La industria nacionalizada y la administración obrera” en *Escritos Latinoamericanos*, op. cit., pp. 163/164.

20. No desarrollamos en este artículo la polémica de la revista *Clave* contra la fantasía stalinista de la “educación socialista” en el México de Cárdenas. Remitimos al lector al artículo “La reglamentación del artículo 3° constitucional” en *Escritos Latinoamericanos*, op. cit.

COMPLETAR LA OBRA DE EMILIANO ZAPATA

Bella frase de Trotsky. Paradójicamente, fue tomada por el mismo Chávez en su discurso de Ferro. Decimos “paradójicamente”, porque Trotsky escribió esa frase en una polémica sobre el Segundo Plan Sexenal de México, en la que demostraba la falacia de la retórica “socializante” del programa del gobierno mexicano.

Trotsky señalaba que la política agraria cardenista no estaba basada “en un análisis de las necesidades del país, sino más bien en alguna fórmula general tomada del vocabulario de la URSS y muy mal adaptada la realidad nacional”. El Segundo Plan Sexenal era muy prudente en cuanto al reparto de tierras de los grandes propietarios a los campesinos, pero se proponía la “colectivización completa” de las tierras públicas comunes en el plazo de seis años. Por un lado, limitaba la reforma agraria, por otro, prometía la colectivización. Es importante tener en cuenta que en 1939, el 9 por ciento de los propietarios de tierras tenía 101 millones sobre 131 millones de hectáreas censadas²¹. En ese contexto hablar de colectivizar las tierras del Estado, era gratis como el aire. En cambio, dar efectivamente la tierra a los campesinos, quitándoselas a los propietarios, era mucho más costoso. Por eso, Trotsky concluía:

“La URSS no sólo pasó por una revolución democrática burguesa sino también por una proletaria. Los campesinos rusos, aunque muy pobres, no lo eran tanto como los campesinos mexicanos. La industria soviética estaba considerablemente más desarrollada. Sin embargo, después de la nacionalización de la tierra, es decir, de la completa revolución agraria democrática, durante largos años el sector colectivizado de la agricultura solo constituyó un insignificante porcentaje de la economía agrícola en relación con la economía campesina privada. Es cierto que doce años después de la abolición del latifundio, etc., la burocracia gobernante saltó a la “colectivización completa” por razones que no es necesario tratar aquí. Los resultados son conocidos. La producción agrícola bajo a la mitad, los campesinos se revelaron, decenas de millones murieron como consecuencia de terribles hambrunas. La burocracia se vio obligada a restablecer parcialmente la agricultura privada. Para comenzar a progresar, la industria nacionalizada tuvo que producir cientos de miles de tractores y maquinaria agrícola para los koljoses. En México, imitar estos métodos significaría encaminarse al desastre. Es necesario completar la revolución democrática dando la tierra, toda la tierra, a los campesinos. Sobre la base de esta conquista ya establecida se les debe dar a los campesinos un período ilimitado para reflexionar, comparar, experimentar con distintos métodos agrícolas. Se los debe ayudar técnica y financieramente, pero no obligarlos. En suma es necesario completar la obra de Emiliano Zapata y no yuxtaponerle los métodos de Stalin”.

¿Llamamiento a Cárdenas de realizar la revolución democrática? No, estimados lectores, simplemente el señalamiento de que es más fácil hablar

21. O. Fernández, “Problemas nacionales” en *Escritos Latinoamericanos*, op. cit., p. 240.

del socialismo que afectar seriamente los intereses de los grandes propietarios agrarios.

¿ETAPA NECESARIA O EXPERIENCIA DE LAS MASAS?

Como habrá notado el/la lector/a, Trotsky estaba lejos de predicar el sectarismo contra Cárdenas. Pero su interés por desarrollar una política que dialogara con la base obrera y popular del cardenismo, se basaba en un criterio de clara independencia respecto del mismo. Por eso cuestionaba a aquellos “trotskistas” que llamaban a la “acción directa” contra Cárdenas y acusaban a Trotsky de abandonar la teoría de la revolución permanente en función de un punto de vista “etapista”: “Que la historia pueda saltar etapas, es evidente. Por ejemplo, si se construye un ferrocarril en las selvas de Yucatán, es saltar etapas. Esto a nivel del desarrollo americano de las comunicaciones. Y cuando Toledano²² jura por Marx, también es saltar etapas, porque los Toledano de Europa, en tiempos de Marx, juraban por otros profetas. Rusia saltó la etapa de la democracia. No totalmente, la ha comprimido. Esto es bien conocido. El proletariado puede saltar la etapa de la democracia, pero *nosotros no podemos saltar las etapas del desarrollo del proletariado*”²³.

En suma, los marxistas revolucionarios deben hacer política partiendo del desarrollo real de la clase obrera. Solamente de esa forma se puede impulsar el mismo en un sentido revolucionario. ¿Cómo articular entonces una política que dé cuenta del desarrollo real, pero que no sucumba a las ilusiones de la clase obrera en la dirección nacionalista burguesa?

“Creo que nuestros camaradas, en México y fuera de él, tratan de manera abstracta, en lo que concierne al proletariado, e incluso a la historia en general, de saltar, ya no con las masas por encima de ciertas etapas, sino por encima de la historia en general, y sobre todo por encima del desarrollo del proletariado. La clase obrera de México participa y no puede más que participar en el movimiento, en la lucha por la independencia del país, por la democratización de las relaciones agrarias, etc. De este modo, el proletariado puede llegar al poder antes que la independencia de México esté asegurada y las relaciones agrarias reorganizadas. Entonces, el gobierno obrero podrá volverse un instrumento de resolución de estas cuestiones [...] En este sentido, durante el curso de la lucha por las tareas democráticas, oponemos el proletariado a la burguesía. *La independencia del proletariado, incluso en el comienzo de este movimiento, es absolutamente necesaria, y oponemos particularmente el proletariado a la burguesía en la cuestión agraria,*

22. *Vicente Lombardo Toledano* (1893-1969): stalinista, era el jefe de la Confederación Mexicana de Trabajadores, la gran federación sindical. Participó activamente en la campaña de calumnias de los stalinistas mexicanos, destinada a preparar a la opinión pública para el asesinato de Trotsky.

23. “Discusión sobre América Latina” en *Escritos Latinoamericanos*, op. cit., p. 123.

porque la clase que gobernará, en México como en todos los demás países latinoamericanos, será la que atraiga hacia ella a los campesinos. Si los campesinos continúan apoyando a la burguesía como en la actualidad, entonces existirá ese tipo de Estado semi bonapartista, semi democrático, que existe hoy en todos los países de América Latina, con tendencias hacia las masas”²⁴.

Partiendo de la premisa de la independencia de la clase obrera, Trotsky señala nuevamente la actitud a adoptar frente a las direcciones nacionalistas burguesas: “El Kuomintang en China, el PRM en México, el APRA en Perú son organizaciones totalmente análogas. Es el frente popular bajo la forma de un partido. Correctamente apreciado, el Frente Popular no tiene en América Latina un carácter tan reaccionario como en Francia o en España. Tiene dos facetas. Puede tener un contenido reaccionario en la medida en que esté dirigido contra los obreros, puede tener un carácter agresivo en la medida en que esté dirigido contra el imperialismo. Pero, apreciando el frente popular en América Latina bajo la forma de un partido político nacional, hacemos una distinción entre Francia y España. Pero esta diferencia histórica de apreciación y esta diferencia de actitud sólo están permitidas con la condición que nuestra organización no participe del APRA, el Kuomintang o el PRM, que conserve una libertad de acción y de crítica absoluta”²⁵.

La visión de Trotsky es muy interesante para pensar algunas cuestiones de actualidad. Sobre todo la idea de que la necesidad de que la clase obrera complete su experiencia con el cardenismo, no implicaba naturalizar la hegemonía del mismo. Por eso sostiene la necesidad de la independencia de la clase obrera “desde el comienzo mismo” del proceso, aunque el nacionalismo burgués mantenga la dirección de las masas. Esto implicaba una doble tarea para los revolucionarios: mantener la independencia de la propia organización y luchar por la independencia de las organizaciones obreras respecto del gobierno: “en México más que en cualquier otro lado, la lucha contra la burguesía y su gobierno consiste ante todo en liberar a los sindicatos de su dependencia respecto al gobierno. Formalmente, en los sindicatos mexicanos está todo el proletariado. La esencia del marxismo consiste en proporcionar una dirección a la lucha de clases del proletariado. Pero ésta exige su independencia de la burguesía. En consecuencia, la lucha de clases en México tiene que estar orientada a ganar la independencia de los sindicatos del Estado burgués. Esto exige de los marxistas una concentración de todas sus fuerzas contra los stalinistas y toledanistas”²⁶.

24. Ídem.

25. *Ibíd.*, p. 125.

26. L. Trotsky, “Problemas de la Sección Mexicana”, en *Escritos Latinoamericanos*, op. cit., p. 141. *Toledanistas*: Se refiere a los partidarios de Lombardo Toledano, ver nota 22.

El problema para los marxistas es el de *desde dónde acompañar la experiencia del proletariado*, vale decir, *con una estrategia independiente de la dirección nacionalista burguesa o con una estrategia de capitulación a la misma*.

A riesgo de ser esquemáticos, intentaremos sintetizar la posición de Trotsky frente a Cárdenas:

a) Trotsky apoyó las medidas progresivas de Cárdenas (nos referimos a las expropiaciones de las empresas petroleras) y llamó al movimiento obrero a defender las expropiaciones contra los ataques del imperialismo,

b) pero no llamó a identificar el programa de la clase obrera con el del gobierno mexicano. En este sentido, Trotsky buscaba dialogar con los trabajadores que confiaban en Cárdenas, también desarrollando una crítica del programa cardenista.

c) En este aspecto se destacan las críticas a la retórica “socializante” de ciertos segmentos del discurso político cardenista.

d) Trotsky consideraba necesario que las masas obreras y populares mexicanas, que eran cardenistas, como ahora en Venezuela son chavistas, hicieran una experiencia con su dirección, pero

e) no planteaba como una “etapa necesaria” (en el sentido de un lento y gradual paso adelante) la hegemonía cardenista sobre el movimiento obrero. Por lo cual, consideraba una condición indispensable para que la experiencia de la clase obrera se orientara en un sentido revolucionario, la plena independencia de la clase obrera, de sus organizaciones de masas y del partido revolucionario, respecto del gobierno.

GRADUALISMOS A DESTIEMPO

Al revés de lo que pensaban ciertos “trotskistas” desorientados, Trotsky se orientaba para desarrollar este posicionamiento con la Teoría de la Revolución Permanente, al tiempo que la contextualizaba, como él mismo explica en las citas que hemos escogido. Esto quiere decir que si bien la clase obrera es la única que en alianza con los campesinos puede dar una solución de conjunto y definitiva al problema de la independencia nacional y al problema agrario, esa potencialidad no se transforma en acto por el sólo hecho de propagandizarla. Era necesario que la clase obrera, compitiendo con la burguesía nacional, lograra la dirección de los campesinos, para esto era necesaria su independencia respecto del gobierno, etc.

Pero como el mismo Trotsky decía, la elaboración de ideas correctas no impide la propagación de ideas falsas. Los textos de Trotsky que venimos comentando muestran cuán lejos están de la posición marxista aquellos que apuntalan las ilusiones de las masas en Chávez. Pero no solamente por la adaptación pragmática se llega a las capitulaciones. También hay corrientes que, aunque en la actualidad no apoyen a Chávez, a contramano de todas las elaboraciones de Trotsky, han querido volver en distintos momentos a

las Tesis del Frente Único Anti-imperialista, como forma de justificar con un barniz “marxista” una política de capitulación a direcciones nacionalistas y reformistas. Tales los casos del POR boliviano y el PO argentino.

El caso del POR, dando su “apoyo crítico” al gobierno burgués del MNR en la revolución boliviana del ‘52 y llevando a los mineros alzados en armas a confiar en el nacionalismo burgués, o concertando años más tarde el Frente Revolucionario Anti-imperialista con el derrocado general Torres en el ‘71, para “tomar el poder y construir el socialismo” con un militar burgués y todos los partidos reformistas, por citar las dos experiencias más importantes²⁷. De esta forma, la capitulación al nacionalismo burgués se disfrazaba de “alianza obrero-campesina” contra la Teoría de la Revolución Permanente.

En el caso del PO, que compartió durante años la misma organización internacional que el POR boliviano y nunca hizo una crítica seria a la vieja fórmula del “Frente Único Anti-imperialista”, la desempolvó recientemente para fundamentar el llamado a votar a Evo Morales: “La táctica del frente único antiimperialista se plantea precisamente en las colonias y semicolonias, cuando estamos frente a un movimiento nacional, es decir, cuando las masas siguen a una dirección nacionalista burguesa (o pequeño burguesa) que está enfrentada al imperialismo. De ningún modo es una táctica que se plantea únicamente cuando ese enfrentamiento se produce en el plano militar”²⁸. Ubicándose en la perspectiva contraria a la señalada por Trotsky frente a Cárdenas, el PO demuestra que el único contenido que puede tener esa consigna en la actualidad no es el de una “salida intermedia” entre la revolución burguesa y la proletaria, sino la lisa y llana conciliación de clases en algún tipo de “frente popular”.

La teoría de la revolución permanente implicó la superación definitiva de las fórmulas del tipo de la “dictadura democrática de obreros y campesinos”, que habían tenido un valor histórico preciso pero habían sido dejadas en el camino por el propio desarrollo de las experiencias revolucionarias de los años ‘20. Lo mismo se aplica a las “Tesis de Oriente” y a la consigna del Frente Único Anti-imperialista, porque la experiencia china demostró que la burguesía nacional se ubicaba en los momentos cruciales como un agente del imperialismo contra el movimiento de las masas obreras y campesinas; y por ende la única posibilidad de conquistar la independencia nacional y la tierra para los campesinos recaía en la clase obrera, con su vanguardia organizada en partido revolucionario, como dirección de la alianza obrero-campesina. De aquí que cualquier uso de la vieja consigna del Frente Único Anti-imperialista, que por otra parte ni Trotsky ni la IV^o Internacional en vida de

27. Para una crítica detallada de estas políticas, ver las Tesis fundacionales de la LOR-CI de Bolivia, organización hermana del PTS, en www.lorci.org.

28. R. Fernández, “Una Crítica faccional de la LOR-CI (Bolivia) a la CRCI”, versión electrónica en www.argentina.indymedia.org.

Trotsky jamás tomaron como propia, implique no sólo un retroceso teórico sino la justificación de una política capituladora.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Creemos llegado el momento de compartir con los/las lectores/as algunas conclusiones. En primer lugar, es necesario aclarar que la situación de América Latina ha cambiado mucho, desde los años en que fueron escritos los textos aquí citados, hasta hoy. En esos años, el imperialismo inglés se encontraba en retirada, mientras el imperialismo yanqui no terminaba de imponerse en el que después sería su patio trasero. Durante el siglo XX, los EE.UU. afianzaron su dominio sobre América Latina y el siglo XXI nos encuentra en plena declinación histórica del imperialismo norteamericano, aunque sin potencia reemplazante a la vista.

Durante ese recorrido, los movimientos “nacionales”, que se habían propuesto como bloqueo a la revolución proletaria en los ‘40 y como contención del ascenso de los ‘70, sucumbieron a la ofensiva neoliberal, transformándose en aplicadores directos de las políticas imperialistas. A su vez, la clase obrera latinoamericana desarrolló distintas experiencias de radicalización e incluso de revolución en ciertos casos, que pusieron en crisis su vínculo con el nacionalismo burgués y plantearon los elementos de una potencial superación del mismo.

Hoy, la combinación de desprestigio del neoliberalismo y la decadencia norteamericana, ha generado una nueva configuración de gobiernos “posneoliberales” de los cuales el de Chávez es, sin duda, el que más apoyo concita entre los trabajadores y las masas pobres de la región.

Chávez, además, dice que quiere construir el “socialismo del siglo XXI”. En este contexto, la ausencia de fenómenos igualmente significativos de radicalización obrera, empuja a las corrientes de izquierda hacia el oportunismo, cuya expresión más cabal es la excelente predisposición de muchos “marxistas” para ingresar al PSUV que promueve Chávez junto a la “boliburguesía”.

En este artículo hemos puesto de relieve que este tipo de ilusiones no son nuevas. No es la primera vez que los reformistas presentan a un “movimiento nacional” como la antesala del socialismo. Las diferencias fundamentales son dos: en primer lugar que Chávez no tomó medidas que se acerquen siquiera en radicalidad a las expropiaciones de Cárdenas. En segundo lugar, que el *posibilismo* es mucho más fuerte en la actualidad que en aquellos años, en los cuáles la clase obrera a nivel internacional, a pesar de los límites impuestos por el stalinismo, era vista como un sujeto del cambio revolucionario por el resto de los sectores populares.

En este contexto, el anclaje en la Teoría de la Revolución Permanente de Trotsky resulta insustituible a la hora de pensar los procesos políticos latinoamericanos actuales, desde la óptica de unir la perspectiva de la

emancipación nacional con la de la revolución proletaria, contra las ilusiones reformistas, etapistas o semietapistas.

A pesar de no contar con una teoría como la de Trotsky, Mella y Mariátegui, realizaron una importante lucha ideológico-política, señalando la imposibilidad de sostener una política anti-imperialista consecuente sin un programa marxista revolucionario.

Por último en los análisis de Trotsky sobre Cárdenas se anudan, la articulación concreta de la Teoría de la Revolución Permanente frente a una realidad específica o como *sui generis*, y el desarrollo a un nivel más amplio y preciso de las luchas fundacionales del marxismo contra el nacional-populismo en América Latina.

Desde el punto de vista político, sostenemos que de la actitud de Trotsky hacia Cárdenas, podemos desprender toda una serie de criterios de cómo actuar frente a los nacionalismos burgueses. Esto se refuerza por el hecho de que Cárdenas fue el que llegó más lejos en cuanto a afectar los intereses del imperialismo y por lo tanto, *lo que el revolucionario ruso no concedió a Cárdenas no hay por qué concederlo a Chávez, por más que éste hable de "socialismo"*.

La necesidad de reflexionar desde la teoría marxista sobre los problemas que implica la cuestión del nacionalismo y/o el anti-imperialismo en América Latina no puede, ni mucho menos, limitarse a un recorrido por antiguas polémicas. Sin embargo, los debates que destacamos en este artículo son un punto de partida para una reflexión de carácter estratégico que combine los fundamentos de la teoría marxista con el análisis de la realidad actual.

En este sentido, la política revolucionaria del presente debe nutrirse del pasado, de sus lecciones, sus experiencias, de todo aquello que, a través del tiempo, mantiene una actualidad y trasciende su propio marco histórico. De esta forma, las luchas de clases, políticas y teóricas pasadas pueden irrumpir en el presente, abriendo una brecha en el olvido impuesto por una temporalidad moldeada por los vencedores. Y así el presente se une con el pasado, por la vía de un pasado que se actualiza en el presente y un presente que se reconoce en el pasado.

Solamente desde una perspectiva así es posible pararse frente al fluido escenario de la lucha de clases y la política latinoamericana y no sucumbir a las ilusiones de la coyuntura. Por el contrario, aquellos "marxistas" que apuntalan acriticamente la "ilusión gradualista" están preparando, lo quieran o no, futuras derrotas para la clase obrera.